



Gaston Racine

**DAD GLORIA
A VUESTRO DIOS**

Gaston Racine

**DAD GLORIA
A VUESTRO DIOS**



Donnez gloire à votre Dieu

Gaston Racine

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Revisión de textos: Abigail Rodés.

Foto portada: Abigail Rodés.

Dad gloria a vuestro Dios

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: diciembre 2021.

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera de 1960.

Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés.

Imprime:



Índice

Prólogo	7
Introducción	9
1. Dad gloria al Señor vuestro Dios	11
2. El tiempo de nuestro testimonio es corto	17
3. ¿Qué sucederá si no escuchamos?	25

*Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees,
verás la gloria de Dios?*

Evangelio de Juan 11:40

Prólogo

La gloria de Dios es algo incomprensible para nosotros, los simples mortales. Cuando el Señor en su Palabra nos exhorta a darle gloria nos quedamos perplejos ya que, ¿cómo podemos dar gloria a Dios, de quien es absolutamente toda ella? ¿De qué forma podemos contribuir a aumentar su gloria, que es total y perfecta?

Naturalmente si pensamos así estamos partiendo de una premisa totalmente equivocada. No podemos ni añadir ni quitar nada a la gloria de Dios pero sí podemos, mediante nuestro testimonio, hacerla visible al mundo o, tristemente, ocultarla mediante nuestras malas acciones.

En las páginas siguientes el autor nos acompaña a considerar este tema en un recorrido a través de las Escrituras. Aunque han pasado 50 años desde la publicación de este trabajo siguen siendo válidas las conclusiones vertidas, a la luz de la Palabra de Dios, porque la Palabra permanece para siempre. Otra cosa es nuestro entendimiento de la misma, que muchas veces solo hace que tergiversar el verdadero significado de lo revelado por Dios.

Algunas citas se transcriben literalmente, otras simplemente se mencionan, aunque es aconsejable leerlas para comprobar que lo que el autor dice no es algo de su invención, sino que proviene directamente de la revelación divina.

Barcelona, diciembre de 2021

La gloria de Dios y, como nuestro único medio de glorificarlo, la salvación de las almas humanas, es el verdadero negocio de la vida.

C.S Lewis

Introducción

En un mundo desamparado, privado de un guía seguro y agotado por buscar, o ignorar a sabiendas, el camino hacia la paz, Dios aún habla a su pueblo:

"Dad gloria a Jehová Dios vuestro, antes que haga venir tinieblas, y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad, y esperéis luz, y os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas. Mas si no oyereis esto, en secreto llorará mi alma a causa de vuestra soberbia; y llorando amargamente se desharán mis ojos en lágrimas, porque el rebaño de Jehová fue hecho cautivo"
(Jeremías 13:16-17).

Hoy Dios llama a los hombres. Se dirige incansablemente a las personas que todavía llevan el nombre de su Hijo, que afirman estar en Jesucristo. Todos necesitan saber esto: ¡Dios espera que los que lo conocen le den gloria! El tiempo de su testimonio es corto porque, inevitablemente, llegará la noche en la que nadie puede trabajar. Si no escuchan la voz del Señor, el juicio los alcanzará.

Que las verdades desarrolladas en las páginas siguientes entren en nuestra conciencia y en nuestro corazón para renovar completamente nuestro testimonio aquí abajo.

Niza, marzo de 1961
Gaston Racine

Nuestro objetivo final en la vida no es ser saludables, ricos, prósperos o libres de problemas. Nuestro objetivo final en la vida es dar gloria a Dios.

Anne Graham Lotz

1. Dad gloria al Señor vuestro Dios

Esta es la orden dada a todos aquellos que en la tierra confesaron con el apóstol Pedro que Jesús de Nazaret era el Cristo, el Hijo del Dios viviente; a todos los que, con Tomás, clamaron mientras caían a los pies del crucificado resucitado: *"¡Señor mío, y Dios mío!"* (Juan 20:28).

Para dar gloria al Señor, es obvio que primero debemos conocerlo personalmente, saber más de Él de lo que aprendimos en la Escuela Dominical o en el catecismo. No se trata de un conocimiento limitado a una simple información, incluso muy ortodoxa y muy completa, sobre el Cristo histórico. Se trata de estar en relación con un Cristo vivo, de estar íntimamente unidos e incluso identificados con Él. Y es este conocimiento de Dios lo que es vida eterna, vida que ya se manifiesta en nuestra carne mortal.

"Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Corintios 4:11).

Así como cada flor tiene su color y exhala su fragancia, la vida lleva un mensaje en su interior. Así que, nuestras vidas, si están en Jesucristo, deben decir algo de Él a nuestra sociedad, algo que glorifique a Dios exaltando su amor y su verdad, su justicia y su fidelidad. Para dar gloria a Dios es necesario renunciar a sí mismo y a la gloria que viene de los hombres, que solo engendra incredulidad o cobardía. El discípulo de Cristo debe llevar su cruz por el camino de las cosas necias, débiles y viles del mundo, por el camino de las cosas que no son (1 Corintios 1:27-31). Es de esta manera que Dios todavía revela su sabiduría, poder y gloria hoy, una gloria llena de gracia y verdad.

Para dar gloria a Dios, la luz de Cristo debe haber resplandecido sobre nosotros, porque solo la vida de Jesús glorificó plenamente a nuestro

Padre que está en los cielos. Es en el rostro de Cristo donde resplandece el conocimiento de la gloria de Dios, y es al contemplar como en un espejo esta gloria del Señor, que somos transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor.

"Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Corintios 4:6).

Pero para que la luz de Cristo brille en nuestros corazones, debemos haber escuchado la Palabra de Dios, esta Palabra que comunica vida a los muertos y despierta a los que están dormidos entre los muertos (Juan 5:24-25). Como está escrito: *"Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo"* (Efesios 5:14).

Porque todos estábamos muertos en nuestras faltas y en nuestros pecados, pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor que nos amó, aunque estábamos muertos en nuestras faltas, nos vivificó juntamente con Cristo. Hemos oído la voz del Hijo de Dios y hemos creído en ella para vida eterna.

A partir de ese momento teníamos que dar testimonio fiel, pero, ¡ay!, nos quedamos dormidos entre los muertos. Nos quedamos dormimos entre los incrédulos, y apenas vemos diferencia entre los fieles y los infieles porque, tendidos entre los muertos, los que duermen parecen, de lejos, privados de la vida.

Por tanto, para dar gloria al Señor, debemos ser despertados. Entonces Cristo nos iluminará y el mundo verá brillar la luz divina en medio de las tinieblas. Pero si la luz de Cristo solo puede elevarse sobre aquellos que son despertados del sueño por la Palabra de Dios, este despertar debe ser seguido por un caminar en paz y santidad, porque sin la santificación nadie verá al Señor.

Para ver a Dios, se necesita un corazón puro, y este corazón puro habita solo en aquellos que purifican sus almas mediante la obediencia a

la verdad. *"Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu..."* (1 Pedro 1:22). *"Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad"*, dijo Jesús a su Padre (Juan 17:17).

Cuidémonos, pues, de no pisotear al Hijo de Dios y de no profanar la sangre de la alianza por la que hemos sido santificados, afrontando así al Espíritu de gracia.

"¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?" (Hebreos 10:29).

Al contrario, dejemos que la Palabra del Señor despierte cada mañana nuestros oídos para que podamos escuchar (Isaías 50:4), como escuchaban los discípulos, descubriendo cada día, caminando en la luz como Él está en la luz, el poder de la sangre de Cristo que nos limpia de todo pecado. Entonces, llenos del Espíritu, seremos conducidos paso a paso a toda la verdad, sabiendo distinguir lo santo de lo profano, lo puro de lo inmundo.

Pero esta conciencia despertada por la Palabra de Dios, este corazón santificado por la sangre de Cristo que nos separa de las impurezas e injusticias del mundo, debe estar animada por una voluntad totalmente entregada al Señor. Se necesita una vida enteramente consagrada a Dios. Se necesita un corazón abrazado por el amor de Cristo y que haya juzgado definitivamente:

"... que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 5:14-15).

Por lo tanto, en respuesta a las misericordias de Dios, **para darle gloria debemos entregar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios.** Este es el verdadero culto cristiano, el único servicio inteligente que podemos realizar, no conforme al siglo actual, sino siendo transformados por la renovación de nuestras mentes para discernir cuál es la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta.

Este servicio no está reservado para unos pocos a quienes se ha confiado un sacerdocio particular. Es el privilegio y la responsabilidad de todos los que han sido salvados. Tampoco se trata de un ejercicio espiritual de unas horas los domingos, ni durante la semana, sino de una dedicación continua de nuestra vida al Señor, en todas las tareas que realizamos, como está escrito:

"Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él" (Colosenses 3:17).

Ya sea que estemos en el trabajo o descansando, en la mesa o ayunando, en casa o de viaje, solos o en compañía, en salud o en enfermedad, en alegría o en duelo, en abundancia o en pobreza, en angustia o en seguridad, hemos de glorificar a Dios, según la exhortación muy precisa del apóstol: *"Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios. No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios."* (1 Corintios 10:31-32). ¡Así es como Dios será glorificado por los suyos!

Pero si el avivamiento, la santificación y la consagración de los que conocen al Señor son necesarios para dar gloria a Dios, la Palabra subraya una cuarta condición indispensable para la manifestación de la gloria de Dios en el mundo, la unidad de sus hijos. Sin esta unidad, el avivamiento es incompleto y sin poder, la santificación sin alegría ni resplandor, la consagración sin calor y sin fruto visible, y el espantoso escándalo de las divisiones entre hermanos permanecerá, esterilizando nuestro testimonio a los ojos del mundo. Quienquiera que seáis, amigos lectores, sabed que la gloria del Señor no se levantará sobre vosotros hasta que anheléis la unidad de los hijos de Dios.

Escuchad la oración de Jesús:

"La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (Juan 17:22-23).

Pero, ¿quién es suficiente para estas cosas? ¿Quién las llevará a cabo? ¿Un movimiento? ¿Un equipo? ¿Un hombre? ¿Cuándo entenderemos que el avivamiento, la santificación, la consagración y la unidad, así como el mismo reino de Dios, no vienen de tal manera que llamen la atención?

No tenemos que decir estas cosas están aquí o están allí. Porque todas estas cosas son nuestras y están en medio de nosotros, si Cristo está en el centro de nuestras vidas y nuestras asambleas. Es a Él mismo a quien debemos redescubrir como el Evangelio nos lo revela. Son sus enseñanzas divinas las que debemos volver a aprender (Mateo 11:29). Son sus pasos los que debemos seguir (1 Pedro 2:21). Es a su persona inefable a quien debemos amar (1 Juan 4:19). Es su regreso el que debemos esperar (1 Tesalonicenses 1:10).

¡Oh! Creedlo, amigos míos, no esperemos la luz del día de mañana, ¡porque Dios la convertirá en sombra de muerte! ¡Ahora es el momento de despertar del sueño! No esperemos un momento para reaccionar y darle gloria a nuestro Dios. Dejemos a un lado las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz. Caminemos honestamente como a plena luz del día (Romanos 13:11-14). Así no cambiaremos la gracia de Dios en disolución ni negaremos a nuestro único Maestro y Señor Jesucristo (Judas 4).

Que su voz nos despierte.

Que su sangre nos santifique.

Que su amor nos abrace.

Que su gloria nos una para su regreso.

Porque el regreso de Jesucristo es sin duda la verdad más capaz de despertar nuestras conciencias hoy, de santificar cada hora de nuestra vida, de consagrar incesantemente a nuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia y de unir sin demora nuestros corazones en el amor de Jesús, el único que permanece.

"La mañana viene, y después la noche..." (Isaías 21:12).

Nuestras voces, nuestro servicio y nuestras habilidades deben emplearse, principalmente, para la gloria de Dios.

Billy Graham

2. El tiempo de nuestro testimonio es corto

En todos los países, de un confín del mundo a otro, hombres de todas las razas y de todas las religiones esperan, sin definirlo realmente, algo extraordinario que debe trastocar el curso de la historia. Los cristianos conocemos este acontecimiento. Esta es la gran esperanza de la Esposa de Cristo, que dice con el Espíritu: *“¡Ven, Señor Jesús!”* (Apocalipsis 22:17, 20).

Centinelas vigilantes en la última vigilia de la noche, guardianes del buen depósito del Espíritu Santo que mora en nosotros, tenemos que dar gloria a Dios mientras esperamos la salida de la estrella de la mañana, la repentina venida de Jesús que llevará a los suyos con Él, incluso antes de que amanezca. Antes de su regreso en gloria también aparecerá, en la mañana sin nubes, el Sol de justicia que traerá a Israel, y a todo el mundo, la salvación bajo sus alas (Malaquías 4:2).

¡Preludio del gran amanecer, se acerca la partida de los hijos de Dios, cuyo reino no es de este mundo! Si no sabemos el día ni la hora, debe coincidir, sin embargo, con una agravación del mal en la tierra, con obstáculos cada vez mayores para los fieles. El testimonio de los cristianos genuinos deberá enfrentar cada vez más el escepticismo y la indiferencia de las masas, mientras esperan el clímax de la gran apostasía, el rechazo abierto de las verdades del cristianismo, la instauración de una nueva religión, del culto al hombre, que tendrá por seguidores a todos aquellos que no hayan tenido el amor de la verdad para ser salvos. Entonces creerán en una mentira, en un error actuando en ellos...

Será el Pentecostés del Anticristo, del hombre de pecado. La aparición de este impío será posible por el poder de Satanás, con todo tipo de milagros, señales y prodigios mentirosos, y con todas las seducciones de la iniquidad para los que perecen. Dios envía este bautismo infernal, este poder del engaño, a todos aquellos que no han creído en la verdad, pero

que se han complacido en la injusticia, para que sean condenados (2 Tesalonicenses 2:3-11).

Ya hemos alcanzado *“el tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas”* (2 Timoteo 4:3-4). Las Sagradas Escrituras nos advierten claramente que no avanzamos hacia la cristianización de los pueblos, sino hacia la apostasía del cristianismo. Las buenas nuevas del Reino, que deben predicarse en todo el mundo antes de que venga el fin, no convierten a las personas, sino que deben servir como testimonio a todas las naciones.

Desde el rechazo de Cristo, el mundo ya juzgado no encuentra la luz; va hacia la sombra de la muerte, hacia los grandes juicios apocalípticos que serán acordes con sus iniquidades. Antes de que Cristo aparezca con sus santos glorificados, la Biblia nos enseña que la noche se volverá más oscura, y los pies de los que predicán las buenas nuevas chocarán cada vez más contra esa noche creciente.

El crepúsculo desciende sobre el mundo y, en la oscuridad que lo invade por todos lados, vemos perfilarse en el cielo inmóvil las montañas de la duda, el error, la mentira, la incredulidad, el odio, la desesperación, la muerte. Estas son las montañas de la noche; de la noche en la que nadie puede trabajar.

Mientras que en tiempos menos ilustrados, cuando el progreso, la comodidad y la técnica no eran lo que son hoy en día, una fe muy simple, tan grande como un grano de mostaza, era suficiente para arrojar estas montañas al mar; en el día en que aumenta el conocimiento y cuando la verdadera fe desaparece de la tierra, las montañas de la noche surgen de la agitación de los pueblos como olas del mar (Isaías 57:20).

Las Escrituras no nos permiten ignorar en qué momento estamos. Mucho antes del diluvio, Enoc, el séptimo desde Adán, describió el tiempo de la venida de Cristo en estos términos:

“He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares,

para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él. Éstos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, aduando a las personas para sacar provecho" (Judas 14-16).

A la luz de las declaraciones apostólicas, podemos entender sin dificultad que hemos llegado a esa época llamada los últimos tiempos. Escuchemos lo que Pablo dijo a Timoteo:

"También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella..." (2 Timoteo 3:1-5).

Pedro quiere despertar la sana inteligencia de sus lectores a través de advertencias, para que recuerden:

"... las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles; sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 Pedro 3:2-4).

Y también Judas escribió:

"Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que

andarán según sus malvados deseos. Éstos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu” (Judas 17-19).

Por tanto, está claro que en los últimos días las tres virtudes cristianas tenderán a desaparecer de la tierra. Por supuesto, todavía habrá muchas obras, pero poca fe sincera... *“Pero cuando venga el Hijo del Hombre ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8).*

Veremos mucho trabajo, pero poco amor real, porque *“por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:12).* Habrá muchas esperanzas, pero poca esperanza viva: *“¿Dónde está la promesa de su advenimiento?” (2 Pedro 3:4).*

Jesús mismo declaró que el día en que aparezca el Hijo del Hombre, será como en los días de Noé y de Lot (Lucas 17:26-30).

La época de Noé fue la de las alianzas monstruosas, donde gigantes, hombres famosos caminaron por la tierra. Fue una época de prosperidad en la que los hombres comían, bebían y se casaban y se daban en casamiento. Pero la violencia y la corrupción estaban en la tierra y Dios vio que la maldad de los hombres era grande, y que todos los pensamientos de sus corazones se volvían todos los días hacia el mal.

Asimismo, en los días de Lot, los hombres comían, bebían, compraban, plantaban, edificaban... Pero el pecado de Sodoma y Gomorra había aumentado y clamaba al cielo. ¿Cuál fue el pecado de Sodoma? El mismo Señor nos lo dice por boca de Ezequiel: *“... soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso. Y se llenaron de soberbia, e hicieron abominación delante de mí, y cuando lo vi las quité” (Ezequiel 16:49-50).*

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro...” (2 Pedro 1:19).

Estamos en la noche, la última noche en la historia del mundo dominado por Satanás. Una noche muy parecida a la que vivió Daniel en los días

del hijo de Nabucodonosor. Con sus nobles, sus esposas y sus concubinas, el rey bebía vino en los vasos de oro y plata sacados del templo de Dios en Jerusalén, alabando a los dioses de oro, plata y bronce, hierro, madera y piedra (Daniel capítulo 5). De hecho, no hay día en que Satanás, el príncipe de este mundo, no ofrezca una verdadera fiesta de Belsasar a una multitud de invitados.

Testigos del Dios santo en tierra extranjera, como Daniel, vivimos hoy la noche de todas las profanaciones, la noche en que las llamadas naciones cristianas alaban a los dioses falsos del presente siglo, mientras beben de la copa del Señor. Es la noche de la gran mezcla, de todas las asociaciones, de todos los compromisos. La noche de todos los abandonos y todas las locuras. La noche que termina en ruina repentina, a la sombra de la muerte, mientras decimos: *"Paz y seguridad"* (1 Tesalonicenses 5:1-11).

Es la noche en que los sabios y los grandes de este mundo vagan sin conocer las Escrituras ni el poder de Dios. La noche en que los líderes espirituales que se han vuelto ciegos y los líderes de los ciegos no saben descifrar las terribles palabras que una mano invisible escribe en los muros de nuestras ciudades.

Solo el hombre fiel que vive con Dios, cerca de Dios y en Dios, puede leer hoy la Escritura divinamente inspirada y afirmar que habla del fin de una era, de la amenaza para aquellos cuyo tiempo está contado y que pesados en la balanza de Dios se encontraron faltos.

En aquella noche, en Babilonia, Daniel no pudo hacer nada más que ser testigo de su Dios entre aquella gente impía. Desde el día en que decidió en su corazón que no se contaminaría con los manjares del rey, su testimonio había dejado en quienes lo conocieron el recuerdo de un hombre en quien vivía el espíritu de los dioses, y habitaba en él una luz extraordinaria, la inteligencia y la sabiduría de un hombre capaz de explicar enigmas y resolver problemas difíciles.

Rechazando los honores, los dones y los presentes del mundo, Daniel anunció al rey lo que las Escrituras dicen a todos aquellos que no han glorificado al Dios que tiene en su mano su aliento y todos sus caminos. Hoy

el Espíritu Santo nos suplica ante Dios y ante Jesucristo, que ha de juzgar a vivos y muertos, y en nombre de su venida y de su reino, a predicar la Palabra, insistiendo en todas las ocasiones, favorables o no, reprendiendo, censurando, exhortando e instruyendo (2 Timoteo 4:1-2).

El tiempo de nuestro testimonio es corto...

"... el que ha de venir vendrá, y no tardará..." (Hebreos 10:37).

Su venida es tan cierta como la del amanecer (Oseas 6:3).

Sus juicios son tan seguros como la noche (Isaías 21:12).

Noé tuvo 120 años para advertir, en el espíritu de Cristo, a sus contemporáneos incrédulos sobre las cosas que iban a suceder. La paciencia de Dios se prolongó durante la construcción del arca (Génesis 6:3, 1 Pedro 3:20).

El justo Lot, que vivía en Sodoma y estaba profundamente entristecido por la conducta de estos hombres sin freno en su disolución, solo tuvo una noche para advertir a sus yernos del juicio que estaba por llegar a la ciudad. Demasiado comprometido en los asuntos de Sodoma, atormentaba diariamente su alma a causa de lo que veía y oía de las maldades de los habitantes de la ciudad (Génesis 19, 2 Pedro 2:7-8).

Daniel en Babilonia solo tuvo una hora para contarle a Belsasar y sus invitados sobre la ruina del imperio de Nabucodonosor. Su reino sería dividido y entregado a los medos y los persas.

Para nosotros, que sabemos que ha comenzado la última hora desde el rechazo de Jesucristo, y que sabemos que el Anticristo viene (1 Juan 2:18), solo nos quedan unos minutos para dar testimonio en este mundo y dar gloria a nuestro Dios.

¿No reaccionaremos los que decimos que conocemos al Señor? ¿No queremos considerar desde la óptica de la eternidad el tiempo que nos queda aquí abajo? Si, preocupados por las cosas de la tierra, por nuestra situación en el mundo, queremos brillar bajo el cielo de Satanás, nuestro resplandor durará sólo el tiempo de esas estrellas errantes a las que está

reservada la oscuridad de las tinieblas para la eternidad.

Si, por el contrario, las cosas de arriba se han apoderado de nuestra mente y de nuestro corazón, olvidándonos de nosotros mismos, viviremos para la salvación de los demás, para enseñar justicia a la multitud. Entonces en la resurrección brillaremos como el esplendor del cielo, como las estrellas, por los siglos de los siglos (Daniel 12:3).

Escuchemos finalmente la advertencia del Señor:

“Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” (Lucas 21:34-36).

El anhelo más profundo del corazón humano es conocer y disfrutar la gloria de Dios. Fuimos hechos para esto.

John Piper

3. ¿Qué sucederá si no escuchamos?

Los cristianos de Roma sabían en que tiempo vivían (Romanos 13:11). Y nosotros, hoy, ¿sabemos en qué tiempo estamos?

En todo lo precedente, hemos buscado situar en las Escrituras el tiempo en que vivimos. Por la enseñanza de Jesús, los apóstoles y los profetas hemos podido hacer balance y ver que hemos llegado al final de los siglos, los tiempos desafortunados de los últimos días, los últimos minutos de la última hora. Hemos llegado a la era cercana a la venida del Hijo del Hombre, el fin de la era de la gracia y la paciencia de Dios. Nos acercamos al final de la bendita economía de la fe, donde el hombre fue llamado a creer sin ver. Pronto el mundo tendrá que creer ante la evidencia, cuando Dios salga de su silencio para sacudir, según su promesa, no solo la tierra, sino también el cielo:

"La voz del cual (Dios) conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmovaré no solamente la tierra, sino también el cielo" (Hebreos 12:26).

Sin embargo, no es raro que se nos diga obstinadamente: *"No seáis pesimistas. Los tiempos de hoy no son peores de lo que solían ser. Hubo muchas horas oscuras en la historia de la humanidad, en las que el estado moral del mundo fue quizás peor que el actual. Los hombres de nuestra generación no son ni mejores ni peores que los contemporáneos de Noé o Lot, que los cananeos que ofrecían a sus hijos a Moloc, o que los israelitas infieles en ciertos momentos de su existencia nacional. Estamos atravesando una crisis, pero saldremos bien de ella porque, bendito sea Dios, no faltan hombres de buena voluntad en la tierra, y la mayoría de la gente desea la paz".*

Ciertamente, siempre ha habido gente orgullosa, egoísta, cruel, que no

ama el bien, más amiga de los placeres que amigos de Dios. La corrupción y la violencia han habitado durante mucho tiempo nuestro planeta, y las abominaciones de nuestra generación ya se cometieron en los días de Noé, en los días de Lot, entre los cananeos e incluso entre el pueblo elegido. A decir verdad, en cuanto a los vicios, no hay nada nuevo bajo el sol. El que lee las Escrituras no tiene dificultad en reconocer que los pecados a los que los hombres se entregan hoy, son los mismos que los practicados por los paganos y los impíos de todos los tiempos.

Pero sí admitimos que en el siglo XX, a pesar de la ilustración del cristianismo y el progreso científico, se practican abominaciones similares a las de la era antediluviana. Si aún hoy podemos ver que la prosperidad material va de la mano de la corrupción y la violencia; el orgullo, la abundancia de pan y la seguridad despreocupada conviven con la más negra pobreza, miseria y angustia; mientras que de arriba abajo de la escala social los hombres se dejan llevar por las pasiones más bajas. Entonces se impone en nuestra mente una pregunta crucial: ¿Qué pasará con los hombres que viven así? El juicio de Dios vendrá sobre ellos. Este es el testimonio formal de la Sagrada Escritura.

Leemos en la epístola a los Romanos que: *"la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad"* (Romanos 1:18). Si los hombres de nuestra generación no se apartan de sus caminos, infaliblemente se entregarán cada vez más a sus concupiscencias, a sus pasiones infames, a sus deseos reprobados para, finalmente recibir el castigo de una ruina eterna, lejos del rostro del Señor y la gloria de su poder. Es el castigo que el Todopoderoso reserva para los que no conocen a Dios y no obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo (2 Tesalonicenses 1:8-9).

La historia de la humanidad está jalonada de ejemplos aterradores, y el recuerdo de los terribles juicios que cayeron sobre los malvados de antaño debería hacernos reflexionar.

Si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó a los abismos de las tinieblas y los reserva para el juicio...

Si no perdonó al viejo mundo en los días de Noé...

Si condenó a la destrucción y redujo a cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra, dándolas como ejemplo a los impíos por venir (2 Pedro 2:4-6)... Si destruyó con guerra y a filo de espada a los cananeos que se volvieron abominables a sus ojos (Éxodo 34:10-12)... Si permitió que su pueblo Israel fuera llevado cautivo para castigarlo por sus rebeliones, por su abandono y por todas sus abominaciones... ¿Cómo perdonará a nuestra generación impía y burlona de hoy, y a las naciones que todavía mencionan el nombre de Jesucristo, mientras lo niegan por sus obras?

En todo momento las mismas causas producen los mismos efectos. Incluso si el juicio se ejecuta de manera diferente, la condenación es la misma para todos, porque la paga del pecado es la muerte. La Palabra de Dios no miente. Sus advertencias son claras y sus testimonios seguros. En los días de Noé, el diluvio cayó sobre un mundo de gente impía y los destruyó a todos. En los días de Lot, el fuego del cielo y el azufre hicieron desaparecer las ciudades de la llanura. Cuando la iniquidad de los amorreos llegó a un punto crítico, Dios los destruyó con la espada de Israel. El recuerdo del terrible juicio que tuvieron que infligir a las naciones corruptas de Canaán debería haber evitado que el pueblo elegido cayera en los mismos excesos.

Tristemente los hijos de aquellos que fueron empleados para ejecutar los castigos de un Dios Santo en la tierra de Canaán, adoptaron las mismas costumbres. Cayeron en abominaciones aún mayores que las del pueblo que sus padres no habían querido destruir por completo. Así hicieron caer sobre Israel las grandes plagas de Dios: espada, hambre, fieras y pestilencia (Ezequiel 5:5-17). Entonces conocieron la completa ocupación de su país por los caldeos y finalmente fueron deportados a Babilonia. (Jeremías 25:8-11, Lamentaciones cap. 1, Salmo 137). Cuando el asirio, vara de la ira de Dios, se levantó a su vez contra el Señor y profanó los vasos de la casa del Señor, llegó pronto a su fin, y el reino de Belsasar pasó a los medos y persas.

Finalmente, al comienzo de nuestra era, cuando los descendientes de los judíos que habían regresado del cautiverio colmaron la medida de sus padres al entregar al Hijo de Dios para ser crucificado, su castigo no se retrasó. En el año 70, como Jesús había anunciado con lágrimas, Jerusalén fue tomada y destruida por los romanos.

¿Por qué razón y en virtud de qué ley se salvarían hoy las mal llamadas

naciones cristianas?

Ciertamente, Dios preservó a Noé de las inundaciones del diluvio. Libró a Lot de la destrucción de Sodoma. Salvó a Raab, la cananea, de morir a filo de espada. Conservó un remanente de su pueblo entre las naciones. Asimismo, el Dios vivo y verdadero sabrá librar de la ira venidera a todos los que lo aman y le sirven mientras esperan el regreso de su Hijo. Estamos seguros de que el Señor guardará de la hora de la prueba que está por llegar sobre toda la tierra habitada, a todos aquellos que han guardado la Palabra de su paciencia. Porque *“sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio”* (2 Pedro 2:9).

Sin embargo, se nos advierte que el juicio debe comenzar con la casa de Dios. Y estamos en ese momento. Sabiendo que la carne y la sangre no heredarán el Reino de Dios, no debería extrañarnos que Dios nos pase por el horno para probarnos y purificarnos (1 Pedro 4:12,18). Aquellos que han de ser llevados al cielo, y que serán considerados dignos de escapar de todas las cosas que sucederán en la tierra, deben reflejar cada vez más los caracteres celestiales y seguir los caminos que agradan a Dios.

Los verdaderos cristianos deben manifestarse, porque hoy muchos hombres que dicen ser cristianos caminan como enemigos de la cruz de Cristo. Sus pensamientos, sus palabras y sus obras demuestran que no sienten simpatía por esta cruz, que destruye sus pretensiones, anula su sabiduría y su entendimiento, y destruye el poder de la carne (1 Corintios 1:17-31).

Su vida no revela al mundo que su ciudadanía está en los cielos, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Preocupados por las cosas terrenales, aspiran a lo alto del mundo y ya no se dejan atraer por lo humilde. Habiendo perdido el carácter de forasteros y peregrinos en la tierra, se ajustan cada vez más al siglo actual y ya no se abstienen de los deseos carnales que hacen la guerra al alma (1 Pedro 2:11).

Pero Dios conoce a los que le pertenecen y quiere despertar a los suyos, para que todos los que invocan el nombre del Señor abandonen toda

iniquidad. Por eso, mientras la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, esté en la tierra, todos los juicios que caen sobre este mundo están destinados sobre todo a hablar a los cristianos. Hoy en día, con demasiada frecuencia, escuchamos a los cristianos comentar sobre tales sucesos diciendo: Dios habla al mundo. Ciertamente, Dios habla al mundo, pero sobre todo habla a las personas de su casa, para despertarlas, santificarlas, consagrarlas y unir las para llevarlas a sí y asociarlas a su reino.

Demasiadas cosas han atado nuestros corazones a la tierra y han enfriado nuestro primer amor. Demasiadas facilidades han hecho que muchos pierdan interés en las cosas que están arriba. En verdad, muchos todavía creen en las doctrinas bíblicas, pero experimentan poco placer real, aparte de las satisfacciones de la vida presente. Entonces el Señor nos despoja de los bienes que nos había confiado. Nos hace pasar por el fuego no para consumirnos, sino para purificarnos y liberarnos de nuestras ataduras. Nos lleva a través de los ríos, pero evita que seamos sumergidos. Nos coloca en medio de grandes aguas donde nadie puede ayudarnos, y así nos lleva a experimentar que solo Él está con nosotros y que dependemos solo de Él (Isaías 43:1-5).

Hoy, la situación de los cristianos en este mundo es muy similar a la de Jonás durmiendo en la bodega de un barco en peligro. Mientras en cubierta los hombres que no conocían al Dios verdadero intentaban por todos los medios salvar el barco y sus propias vidas, Jonás, que había pagado el precio de su pasaje, dormía.

¿No es así como muchos cristianos, bien instalados en un mundo que va a la deriva, duermen en la almohada de su pequeña salvación, sin preocuparse mucho por las multitudes que perecen? Quizás estén soñando, dormidos, con los mejores medios de alcanzar y salvar a los perdidos. Pero, en el barco que se va a hundir, todavía están durmiendo, ¡siempre duermen!

¿Será necesario que los paganos nos despierten, que los impíos nos acusen para que, volviendo a nosotros mismos, clamemos, como Jonás: *"Tomadme y echadme al mar, y el mar se os quietará"* (Jonás 1:12). Fue por este sacrificio, por esta abnegación, que Jonás salvó a los marineros

en peligro y los llevó al conocimiento del Dios verdadero. Incluso hoy, para evangelizar el mundo, el medio más eficaz está al alcance de todo cristiano. Que renuncie a sí mismo cada día, a su propia vida, siempre teniendo en cuenta la salvación de los demás. Entonces se salvará a sí mismo y salvará a los que le escuchan.

“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren”
(1 Timoteo 4:16).

Pero, ¿qué les pasará a los creyentes si no se despiertan del sueño y se arrepienten de su tibieza para caminar juntos y dar gloria a Dios mientras sea el momento adecuado? Dios, que es amor, nos advierte con lágrimas que tendrá que golpearnos más severamente.

¿Esperaremos hasta que seamos privados de nuestras ocupaciones terrenales, para que nuestro corazón se encargue de las cosas de arriba? ¿Esperaremos para caminar en santidad a que el mundo se separe de nosotros, que ya no quiera saber nada de nosotros? ¿Esperaremos hasta el momento en que todos los verdaderos cristianos sean encarcelados, para que los hermanos en la fe se encuentren, aprendan a conocerse y amarse, preparándose juntos para el martirio?

En los días de Jeremías, como en los días de Jesús, las lágrimas del Señor no podían doblar corazones indiferentes y rebeldes, y Dios tuvo que levantarse, como lo hace ahora, para hacer su obra extraña, su obra inusual (Isaías 28:21).

Porque como dice la Escritura:

“¿Quiero yo la muerte del impío? Dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?” (Ezequiel 18:23).

“Porque (Dios) no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres” (Lamentaciones 3:33).

“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (Hebreos 12:6).

Que Dios, por tanto, renueve en sus redimidos el testimonio de Jesús,

de aquel que pronto arrebatará de la tierra a todos los que esperan en Él, a todos los que, teniendo esta esperanza en ellos, se purifican como Él es puro. Porque la ira de Dios se ha acumulado sobre el mundo y sobre la cristiandad que ha cometido tantas abominaciones en el nombre del Señor.

Cuando pensamos que lo que todavía se llama "Iglesia" patrocinó las Cruzadas, los horrores de la Inquisición y que, más cerca a nosotros en el tiempo, miles de bautizados "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" exterminaron seis millones de judíos en las cámaras de gas y los crematorios¹ ... ¡nos quedamos horrorizados!

¿Qué pasará con estas personas que han conocido la verdad pero no la amaron y que continúan desobedeciendo el Evangelio del Hijo de Dios? Un poder engañoso vendrá sobre ellos para que crean en la mentira (2 Tesalonicenses 2:7-12), ¡hasta que el cielo se abra y aparezca aquel que se llama Fiel y Verdadero sobre un caballo blanco.

De su boca sale una espada afilada para herir a las naciones. Los ejércitos que están en el cielo le seguirán y estarán asociados con el establecimiento del Reino de aquel cuyo nombre es el Verbo de Dios (Apocalipsis 19:11-21).

No son las bombas atómicas ni las nuevas armas de destrucción masiva de nuestro tiempo lo que los hombres deben temer. Es una piedra, desprendida sin la ayuda de una mano, que romperá el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro de nuestra época idólatra (Daniel 2:45). Es la intervención directa y repentina de los ejércitos de otro mundo, liderados por aquel que fue crucificado en la tierra y a quien han negado muchos de los que pretendían ser de Él.

Poco importa que el mundo sepa si otros planetas están habitados. Lo

1 ► El Holocausto fue el asesinato de seis millones de judíos y otros más a manos de los nazis y sus colaboradores durante la Segunda Guerra Mundial. Se calcula el número total de asesinados durante el Holocausto en 17 millones: 6 millones de judíos y otros 11 millones incluidos civiles soviéticos, polacos, prisioneros de guerra, discapacitados, etcétera, aunque el número real se desconoce por falta de documentación fiable.

que todos deben saber es que el cielo está poblado de innumerables ejércitos y su jefe reinará (Salmo 2). Porque *“preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”* (1 Corintios 15:25).

*Sabiendo estas cosas “ciertas y verdaderas”,
démosle gloria al Señor nuestro Dios.
Redimamos el tiempo
y huyamos de la ira venidera.*

Solo a Dios la gloria

Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría.

Salmo 19:1-2

... al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

1 Timoteo 1:17

Al que nos amó (Cristo), y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Apocalipsis 1:5b-6

Ferran Cots editor • Barcelona

**Para dar gloria a Dios
es necesario renunciar
a la gloria que viene
de los hombres.**

FC
EDITOR

